

ISIS

Luis Orellana



Es una mañana esplendida de abril, las luces de los faroles se extinguen y un sol de oro emerge tiñendo de luz, tapias y enredaderas en el barrio La Alborada.

Zeus, un gato que ha pasado la noche enamorado de la luna, se estira sobre la cornisa buscando calor. El olor de las madreselvas se derrama sobre las veredas y un viento tenue esparce su polen sobre los jardines de las casas vecinas haciendo estornudar a Plutón, el viejo perro. Los Insectos madrugadores revolotean entre flores colmadas de rocío. Isis cruza como un dardo tornasolado y se detiene en un imposible punto del espacio, su lengua de espada va y viene en el vientre mismo de las flores; sus alas vibrantes revolotean a una velocidad increíble: setenta veces por segundo, que ni los aguzados ojos de Zeus pueden captarlas. Isis está en su trabajo diario: recolectar alimento para sus dos pichones.

Caramelo y Miel rompieron sus cascarones hace apenas una semana. Caramelo es más colorido y vivaracho, la pequeña Miel tiene unas plumitas azules que pueblan el contorno de sus ojos, como si fuesen unas gafas de moda. Cuando mamá llega con el alimento —que suele ser tres veces por hora— abren sus picos como tijeras pidiendo algo de azúcar y uno que otro insecto diminuto para alimentar sus minúsculos cuerpos, no más grandes que el tamaño de un abejorro.

Esta mañana será muy ajetreada para la joven colibrí, es su primera nidada y está un tanto preocupada. Su

nido, que pende de una tapia, con las lluvias de la noche está a punto de desmoronarse, de modo que, entre viaje y viaje, va cargada de hojas, musgo y una que otra pelusilla para repáralo. Pero el hambre no perdona, los colibríes no pueden dejar de comer, sus corazones son máquinas de alta revolución, mil latidos por minuto.

En la mañana el barrio pasa en aparente calma, los niños asisten a la escuela, de cuando en cuando pasa un auto, Al medio día, el carro repartidor rompe la paz de los polluelos con su claxon altisonante. A inicios de la tarde, después de sonar las sirenas de las escuelas, las veredas se llenan de bulliciosos chiquillos. Manolo regresa a casa jaloneándose con Pedro; de pronto, algo los detiene: algo verde, coruscante, que corta el aire como una saeta. Armados con sendas resorteras, Pedro intenta un disparo y falla, Isis hace un giro sorprendente, se eleva y vuelve a bajar sobre la corola de la flor que guarda el preciado alimento, es cuestión de segundos y despegará como un rayo. Pero esta vez el azar no está de su lado, Manolo dispara y acierta.

El ¡hurra! de los niños despierta a Plutón que ladra enfurecido. Sobre la cornisa Zeus parece de piedra, en sus ojos, de verde jaspe, el tiempo se vuelve eterno. La tarde se apaga sobre el piar tenue de los pichones. Tras el ventanal de la casa Manolo y Pedro juegan en las pantallas de sus ordenadores.

Luis Orellana,
Cuenca, 1962. Licenciado en filosofía y Médico veterinario.